



Seix Barral

Abelardo Castillo

Ensayos reunidos





Seix Barral Biblioteca Breve

Abelardo Castillo
Ensayos reunidos

BUENOS AIRES AZUL

Como a una querida, si estás lejos mejor hay que amarte. Lejos. Como a una querida. No voy a reparar en el secreto desarraigo nacional latente en ese verso; tampoco, en su postulación medio ilícita de que la distancia estimula solo el amor a la amante, no a la mujer o a los amigos. No voy a hacer sociología ni ética. Lo que ahora me interesa es que, desde los orígenes del tango, Buenos Aires es hembra. No pretendo, por lo tanto, ser el primero que compara a Buenos Aires con una mujer. Y es probable que con todas las ciudades del mundo pase lo mismo; sin abusar mucho de la imaginación puede suponerse que el mero hecho de que la palabra ciudad sea femenina facilita o impone la metáfora. Sea como fuere, lo que quiero decir es que el verdadero amador de la ciudad se encuentra con ella de noche, a esa hora clandestina y misteriosa en que se ama a las mujeres. Solo a la noche Buenos Aires es real. No hablo de la hora en que la gente sale de los cinematógrafos y los teatros, no hablo de las famosas «luces del centro», de los *grills*, de las librerías insomnes de Corrientes (o no hablo solo de eso, ya que no deja de ser extraño que Buenos Aires sea acaso la única ciudad del mundo donde uno puede comprar un libro a

las tres de la madrugada). La noche porteña a que aludo es la de los barrios, la de las plazas pensativas, la de las vías de los trenes, la de los zaguanes profundos. Incluso la de ciertas calles del centro que, en esa hora, hacen pensar en un planeta abandonado, como si de pronto hubiera ocurrido una catástrofe silenciosa que obligó a la gente a irse a otro mundo, dejando en el apuro una ventana iluminada, una puerta a medio cerrar.

Nadie puede decir que conoce realmente Buenos Aires si no la ha caminado largamente de noche. Conocer de *conocer*; casi diría: en el sentido bíblico. Porque conocer Buenos Aires no es memorizar sus avenidas, la mano de sus calles, el recorrido de sus colectivos. Así como nadie conoce a una mujer porque sepa que tiene treinta y dos dientes, dos piernas, cinco dedos en cada mano. Ningún hombre sabe nada de una mujer si no la miró dormir. Ese acto religioso y absolutamente incompatible, el de mirar a mansalva la cara de una mujer que se nos quedó dormida, mirarla hasta sentir miedo, es el verdadero acto de amor. Nadie puede saber si ama, si no miró a su mujer así. Cualquiera puede saber que ya no ama cuando no soporta esta contemplación. Contemplación, ahí encontré la palabra: no hay como ponerse a escribir para comprender qué es lo que se quiere decir. Contemplación es una palabra sagrada. Cualquiera mira, ve u observa, pero no a cualquiera le está dado alcanzar la contemplación de algo. Y la contemplación de Buenos Aires solo es posible de noche. Durante el día es apenas una de las cuatro o cinco grandes capitales del mundo, vale decir, un apelmazamiento de ómnibus, empleados, vendedores de máquinas pelapapas y tirabuzones que cortan vidrio, un mazacote. Como cualquier gran capital del mundo, durante el día es una vasta cámara de gas en la que millones de seres tratan de sobrevivir sin

importarles mucho de qué modo. Pero, por fin, a pesar de las vidrieras, a pesar de los tubos fluorescentes, a pesar de toda esa estrategia de la luz que los hombres han inventado para ahuyentarse a sí mismos, por fin hay una hora incomparable en que ya es de noche en Buenos Aires.

Martínez Estrada se equivocó. O mejor, medio impresionado por la autoridad de Echeverría y del conde de Keyserling (sobre todo, sospecho, abombado por el título nobiliario de este europeo al que tomaban seriamente por filósofo los argentinos de hace cincuenta años), Martínez Estrada dejó escrito que la hora de Buenos Aires es el atardecer: la hora de la pampa. Menos mal que este grande y arbitrario hombre no temía contradecirse y, en la misma página, se decide a mirar Buenos Aires con sus propios ojos, no con los de un remoto conde báltico. Y ahí nota lo que cualquier trasnochador sabe sin que nadie se lo explique: la hora de Buenos Aires es la noche. Y yo diría que es la hora del país entero, la de los cuentos de aparecidos, la que agranda las montañas hasta el grito, la de oír una guitarra a lo lejos, la de la luna colorada sobre los ríos. Ya lo sé: todo se ahonda y se enrarece de noche. Pero no se trata de eso. Buenos Aires, de noche, es azul. Se purifica. Hasta la humedad de sus empedrados se vuelve mágica, hasta la neblina brilla. Solo de noche Buenos Aires tiene estatuas y arboledas, campanarios y zaguanes. Es de noche cuando uno descubre los pasajes y las cortadas, la repentina majestad de una casa por la que pasamos mil veces de día, pero que, como un secreto para nosotros solos, se nos revela para siempre una madrugada. Como si se nos hubiera concedido dormir despiertos y soñáramos una ciudad fantástica que, implacablemente, borraré el alba. Dije fantástica, debí decir real. Porque todo, hasta la miseria es más real de noche. Los crotos

de las estaciones, los desdichados que se apelonan de frío contra las paredes del Once, las viejas vendedoras de violetas, los chiquilines de Bachín a los que debiéramos darles dignidad pero les cantamos tangos, los borrachos, los que silban, los que matan y los que se matan, habitan la ciudad nocturna. Los perros que saquean los tachos de basura, y los hombres que saquean los tachos de basura. Porque Buenos Aires, como una mujer que duerme, solo de noche se deja ver tal cual es. Por eso, quien se atreve a mirarla a esa hora, la ha contemplado realmente y la conoce. De noche, mirando la hilera torcida de los faroles de alumbrado, uno advierte el verdadero trazado de sus calles. De noche, como pequeñas ciudades fantasmas engarzadas dentro de la ciudad, los domos de la Recoleta y la Chacarita asoman sus siluetas detrás de los paredones. De noche, por fin, el porteño se atreve a mirar hacia lo alto, y ve las ventanas iluminadas de las que habló para siempre Roberto Arlt. Porque solo de noche el porteño se anima a levantar la mirada (buscando vaya a saber qué, o a Quién), y da con el misterio de las ventanas, descubre la aguja de una cúpula magnificada hasta el vértigo por la Luna, y se da cuenta de que el cielo todavía se comba sobre los hombres. Porque de noche recobramos el estupor del cielo de Buenos Aires y sabemos que es más inmenso que la ciudad: de noche, Buenos Aires se restituye a su olvidado origen de ciudad de río, que, bajo un cielo de río, se abre hacia el mar.

Lástima que ya no haya tranvías. El que oyó el traqueteo de un tranvía en la noche de Buenos Aires, como el que oyó el paso de un tren en una ciudad dormida de provincia, sabe lo bella que puede ser la tristeza. Menos mal que todavía, caminando por el puerto, nos queda la sirena de los barcos.

Menos mal, sobre todo, que si algún día desaparecen los barcos, el dios de Buenos Aires le seguirá dando manija al redondo mundo y nadie podrá impedir que llegue esa hora sagrada en que la ciudad, como una mujer que duerme, se deja ver tal como es y se entrega a sus sueños inocentes o a sus atroces pesadillas.

EL ÁNGEL AL REVÉS

Arlt se ha puesto de moda; Arlt, si viviera, se reiría con malignidad de las monografías universitarias que se escriben en su nombre, de los profesores norteamericanos que vienen a la Argentina a estudiar su obra, de las traducciones de sus novelas. Hacia 1960 la editorial Losada comenzó cautelosamente a reeditar su narrativa; en 1968, se publicaron sus dramas. Y aunque todavía no existe edición anotada y completa de su obra, vamos camino de tenerla. El golpe de gracia, como siempre, lo dio nuestro snobismo colonial: hace unos meses los diarios porteños divulgaron que los italianos habían descubierto «al Dostoievski argentino». Italia no es todavía Francia, pero ya es Europa. Cuando algún francés note que más o menos en la época en que Jean-Paul Sartre fundaba el existencialismo ateo en el Café de Flore, Roberto Arlt, en la redacción de *El Mundo* o de *Crítica*, entre un aguafuerte y el refrito de una noticia policial, redactaba capítulos de novela que se llamarían, por ejemplo, «Ser a través del crimen»; cuando un europeo descubra que el *Calígula* de Camus y *El desierto entra en la ciudad* son casi simultáneos, el desastre será total: Arlt será sagrado. Lo convertiremos en una especie de embalsamado, o algún

crítico con escarapela decidirá que es nuestro Escritor Nacional. Haremos de él lo que, gracias a las politiquerías de Lugones, hicimos de José Hernández: un amanuense del Dios Patrio, un autor para encuadernar en cuero de vaca y regalar en las embajadas. Ya hay cinta en tecnicolor de alguna de sus obras, ya hay plaza con su nombre. Mañana fundaremos una biblioteca municipal y, a fuerza de incluirlo en los programas oficiales, acabaremos por olvidar que fue un hombre. De ese hombre voy a hablar; de lo que ese hombre pensaba sobre la vida.

Yo quiero ser feliz. Esta fórmula, patéticamente infantil, cifra la obsesión central de su vida y de su obra. Explícitamente lo ha dicho: «...¿de qué modo debo vivir yo para ser completamente dichoso (...)?, ¿de qué modo se puede vivir feliz, dentro o fuera de la Ley?». Pero no hay escritor que, en algún momento de su vida, deje de descubrir que la felicidad no existe sobre la Tierra; que, lo que con candor llamamos felicidad, son meramente unas ilusorias hilachas de alegría, de amor, un minuto de satisfacción o de vanidad por una obra que, durante ese minuto, creímos incorruptible. Porque, para el hombre que escribe, la única cosa parecida a la felicidad se da, como una caricatura de la dicha, solo en relación a su obra. Jean Genet, ese delincuente angélico, ese degenerado purísimo cuyo parentesco con Arlt (como el de Arlt con Céline) también descubrirá un día de estos un francés, Jean Genet lo ha escrito: «...esa imbecilidad que es la materia básica de la vida: abrir una puerta, prender un cigarro. Solo hay unos cuantos destellos en la vida de un hombre. Todo lo demás es oscuro».

No me asombra: esa especie de idiotez esencial es lo único de Arlt que vieron sus contemporáneos. Que yo sepa, nadie, excepto Leopoldo Marechal, advirtió la

terrible inocencia de aquel formidable resentido que era capaz (no importa si lo hizo o no, dejo esas precisiones a los biógrafos policiales) de escupirle la cara a un portero, por el mero hecho de ser normal, o de execrar a los jorobados, a los bizcos, a los contrahechos, por su infelicidad de ser distintos. ¿Cómo? ¿Es posible ser un gran escritor y ser, humanamente hablando, una «mala persona»? Y además, ¿cómo hablar de inocencia en un hombre capaz de escribir *El jorobadito* o páginas como las del asesinato de la Bizca? Sin embargo, es así. No tengo espacio acá, ni voluntad, para demostrar que todo gran creador es al mismo tiempo el más puro y el más perverso de los seres; pero cualquiera que se haya esforzado en comprender por qué se hace y *de qué* se hace una gran literatura sabe que es así. Y si no lo sabe, tanto peor: no hay explicación que se lo explique.

Arlt, que apasionadamente buscaba la felicidad, sentía la fascinación y el horror de la desdicha. Odiando (o simulando odiar) a un contrahecho, conjuraba mágicamente su propia monstruosidad: la de su alma. Estar construido espiritualmente como Arlt equivale a ser un desdichado. En la época del país en que vivió, era lo mismo que ser un monstruo. El horror del cuerpo, la obsesión por la fealdad, el sentimiento irracional de vivir trabajados por la angustia, la elección de ser-a-través del crimen, del dolor, de la revolución, vale decir, los temas del existencialismo sartreano, fueron descubiertos, vividos y hechos literatura (no digo bosquejados, sino hechos plenamente literatura) por un escritor argentino que leía *Rocambole* y se jactaba de no haber terminado la escuela primaria. Quién iba a entenderlo. Hay incluso situaciones novelísticas de Arlt que tienen un paralelismo sobrecogedor con las que inventará Sartre: personajes que con un cuchillo se clavan la mano a una mesa, tipos que se

suben a un árbol (en Sartre es una ventana) para ver a los hombres desde arriba o contemplan a una mujer desnuda como si fuera una mosca. Si tuviera ánimo, yo podría explicar que no son meras coincidencias.

La Argentina de Arlt, por otra parte, era la de los tangos de Discépolo («en mi caída traté de hacerte a un lao», ¿no es la versión suburbana del amor entre Kierkegaard y Regina Olsen?); era la época en que Carlos Astrada, también antes que Sartre, escribía su olvidado ensayo sobre el existencialismo; la época en que a Unamuno se lo consideraba casi un escritor argentino. Digo que esa Argentina era, y en rigor podría escribir que es. ¿Esto quiere decir que los argentinos somos existencialistas? No. Quiere decir que, en distintos lugares del mundo, algunos hombres, deslumbrados por el indiferente fulgor de la muerte, descubren a solas las mismas verdades. Entre nosotros, el primero fue Arlt. Visto así, el pensamiento y la obra de Arlt no parecen tan anacrónicos como los imaginaron sus contemporáneos. Visto así, los anacrónicos fueron sus contemporáneos. Qué iban a entender los críticos de su época lo que había debajo de esa literatura desmesurada y mal escrita: «En realidad», escribió en el prólogo a *Los lanzallamas*, «uno no sabe qué pensar de la gente. Si son idiotas en serio o si se toman a pecho la burda comedia que representan (...) como primera medida he resuelto no enviar ninguna obra mía a la sección de crítica literaria de los periódicos. ¿Con qué objeto? Para que un señor enfático entre el estorbo de dos llamadas telefónicas escriba para satisfacción de las personas honorables: el señor Roberto Arlt persiste aferrado a un realismo de pésimo gusto, etcétera». El orgullo del solo y la precaria felicidad de haber terminado un nuevo libro. La pequeña omnipotencia del jorobado que, siquiera por un rato, ve a

los demás debajo de su mirada. Después de esta parodia de la dicha la soledad será mayor que antes. *All I loved, I loved alone*, este grito de Edgar Poe pudo haberlo proferido Arlt. Y en realidad lo hizo. «Estoy monstruosamente solo», dice Erdosain. El que es distinto, o se siente distinto (para el caso da lo mismo: la diferencia está en lo que se hace con esa incapacidad de soportar el mundo, o en cuánto nos dura, ya que en general desaparece hacia los treinta años con el matrimonio y un buen empleo), el monstruo, vive condenado a la soledad, está «maldito» y elige su rareza como un caparazón que lo aísla del mundo de los Otros: los iguales entre sí, los normales. De ahí su gesto de escupir, su formidable capacidad de desprecio. De ahí, cuando toca fondo, su amor feroz por los miserables. «¿Quiénes van a hacer la revolución, sino los estafadores, los desdichados, los asesinos, los fraudulentos, toda la canalla que sufre abajo sin esperanza alguna? ¿O te creés que la revolución la van a hacer los cagatintas y los tenderos?» (*Los siete locos*, pág. 19). Y aquí aparece, triunfalmente, como un ángel después de visitar los más corrompidos círculos de su infierno, el Arlt purísimo de que hablé. Su desesperación egotista se socializa, o se cristianiza, si lo prefiere el manso lector. Arlt deja de angustiarse por la inutilidad de su propia vida y se erige en portavoz de los «pobres de la tierra» (también acá, como en un espejo anticipado, se refleja la parábola vital y filosófica de Sartre). La felicidad no existe, de acuerdo; Dios ha muerto o es un canalla, la vida humana personal no tiene sentido. De acuerdo. Pero hay que vivir y darle un sentido a la vida del hombre, y, si hace falta, hay que inventar de nuevo a Dios.

Nunca hasta hoy había escrito yo una palabra sobre Arlt; de pronto pienso que podría seguir esto con más facilidad que si hablara de mí mismo. Y eso es malo.

Termino: no sacralicemos a Arlt. Él detestaba los homenajes y a los estudiosos de la literatura. Dejemos que siga siendo lo que es: un mal ejemplo. Un resentido, un tipo que se reía de Ricardo Rojas, de Capdevila, de Wast, de Gálvez, de Larreta, incluso de Borges (lo justifica el hecho de que, cuando Arlt murió, Borges no había escrito casi nada y acaso era realmente un poco cómico); un mal colega que aborrecía a casi todos sus contemporáneos, excepto Lynch, Quiroga, Marechal y algún otro, y que por lo tanto tenía razón; en suma: una especie de mala persona, un revolucionario, un desalmado que escupía metafóricamente o no sobre las buenas gentes, un escritor que quería ser feliz y debió conformarse con ser un genio.

1974

AUTOBIOGRAFÍA DE UN PIRATA

Fue tiempo de arcabuces. Había jarcias y otras palabras increíbles como sotavento o pañol o cimitarra. Lo importante era saber estarse de pie, imperturbable, sobre el castillo de proa, con la mano apoyada sobre la empuñadura del kriss, mientras llovían ineficazmente sobre la borda los proyectiles de algún despreciable bergantín inglés. De tanto en tanto, convenía sonreír por lo bajo o lanzar un espantoso juramento. El oficio de pirata, realmente, era un oficio hermoso.

Digo todo esto porque yo fui pirata. Mi nombre, un nombre sonoro y extraño como las alegorías, hizo temblar de terror a varios gobernadores desde el archipiélago malayo al Mar Amarillo. Me amaban mujeres rubias de ojos claros. Hombres oscuros, de un solo ojo feroz, se hacían matar a un gesto mío.

Después uno se pone los pantalones largos, cree morir de convulsiones porque no imaginaba que un cigarrillo es eso, dice cosas. Dice, por ejemplo, «para toda la vida», descubre que toda la vida es una agonía demasiado larga, medita, y comienza a olvidar los trinquetes y las botavaras. Un día le dicen por primera vez señor Castillo. Y entre la Rada de Batavia y este señor ya hay expedientes,

números de teléfono, gobiernos, anteojos para el astigmatismo, un traje gris.

Lo peor es cuando se acaba siendo un literato. Interviene en mesas redondas, cita a Lucrecio, distingue al joven Plinio del otro, teoriza sobre la novela objetivista, redacta páginas formidables para probar que todos sus colegas de talento son imbéciles congénitos, acaba por asociarse a la SADE. Finalmente, por supuesto, muere olvidando que alguna vez fue pirata.

Casi me sucede. Últimamente, como todo el mundo, anduve preocupado por las Grandes Cosas. El planeta no resultaba agradable, ni siquiera plausible. Lo urgente era corregirlo o embellecerlo vinculándolo un poco con la literatura. La idea no es del todo candorosa, ni muy original. Horacio (*Sátiras* II, 1, 52) enseña que cada animal se vale de su mejor arma, y no veo de qué modo un escritor argentino podría no sentirse aludido. Mi intención era inventar un libro, y el método, acaso, ya lo utilizaban los sacerdotes súmeros, culpables de la escritura cuneiforme y de los viejitos criptólogos: se trata básicamente de compulsar escritos ajenos, cambiarles la sintaxis, y ser original repitiendo lo que todo el mundo sabe; por eso el sábado pasado yo andaba por las librerías de la calle Corrientes y por eso, en el revoltijo de una mesa de saldos, me topé con la historia de mi vida.

Era un librito amarillo, con el dibujo de un hermoso caballero en la tapa. Un caballero de melena jacintina y ceño atroz, cuyo nombre, mi viejo nombre de vivir feliz, era sonoro y extraño como las alegorías.

Entonces lo recordé todo.

Evoqué paso a paso hazañas inauditas, junglas negras (donde uno supo por primera vez la palabra pagoda, o brahman, y ya no lo olvidaría nunca), duelos memorables,

gestos terribles. Recordé un barco navegador de geografías convencionales, y un naufragio —ya no sé si en las costas de Borneo o en algún otro sitio, donde las tempestades también debieron ser terribles—, y me vino a la memoria el nombre de aquel barco, *Mariana*, que también era el nombre de una mujer hermosa. Y recordé, por fin, aquella noche última de Sandokán, aquella noche dolorosa e inverosímil en que un pirata, con una mujer muerta en brazos, desafió salvajemente todos los arcabuces y las espingardas enemigos; aquella noche tremenda y espantosa en que un hombre feroz que no había llorado nunca se arrodilló y lloró junto al cadáver de Mariana, yo, que aquella noche de hace tanto, cuando todavía era pirata, me arrodillé junto al cadáver de Mariana y tardé mucho en ponerme de pie y di mi última orden:

—Yañez, pon la proa a Java. El Tigre de la Malasia ha muerto.